



Artículos y Ensayos

**LA GUERRA SEGÚN FREUD: ENTRAMADO DE DESILUSIÓN SOCIAL,
CREDULIDAD ACRÍTICA E INCREULIDAD INCONSCIENTE A LA
MUERTE PROPIA**

MARCELA ELSA BIANCHI

RESUMEN

Este artículo se inserta en la Investigación realizada por la autora para su Tesis de Maestría titulada “El fenómeno de la creencia en la Obra de Sigmund Freud”.

Siguiendo el texto freudiano «De guerra y muerte. Temas de actualidad» [1915] analiza: a) la creencia llamada “ilusión”, diferenciándola de la “creencia en la realidad”; y la caída de ella (la desilusión) ante horribles fenómenos sociales; b) la credulidad (sugestionabilidad) como posición subjetiva ante la palabra de la autoridad, diferenciándola también de la “creencia en la realidad”; c) la expresión freudiana “incredulidad inconsciente a la muerte propia”, que haría suponer la existencia de una creencia a nivel inconsciente; d) cuándo la educación se vuelve una educación hipócrita y la necesidad de que la educación se sostenga en la “creencia en la realidad”; e)

el vínculo entre creencia en la muerte y posición ante la vida, presente en el apotegma freudiano «Si quieres soportar la vida, prepárate para la muerte». Todo esto contextualizado en las consecuencias de la guerra sobre individuos, sociedades y Estados.

Palabras clave: guerra, muerte, creencia en la realidad, ilusión, credulidad.

**WAR FREUD: FRAMING SOCIAL
DISILLUSIONMENT, UNCRITICAL
CREDULITY AND INCREULITY
UNCONSCIOUS OWN DEATH**

ABSTRACT

This article was inserted in the research conducted by the author for his Master's thesis entitled "The phenomenon of belief in the work of Sigmund Freud". Following the Freudian text "From war and



death. Hot topics» [1915] analyzes: a) the belief called "illusion", as distinct from the "belief in the reality"; and drop it (disappointment) to horrific social phenomena; b) credulity (suggestibility) and subjective position at the word of authority, also distinct from the "belief in the reality"; c) the Freudian term "unconscious disbelief own death" which would suggest the existence of a belief unconsciously; d) when

education becomes a hypocritical education and the need for education on hold "belief in the reality"; e) the link between belief in death and attitude towards life, present in Freud's dictum "If you want to endure life, prepare for death." This contextualized in the consequences of war on individuals, societies and states.

Keywords: war, death, belief in the reality, illusion, credulity



Mientras que la gente crea en cosas absurdas

continuará cometiendo atrocidades.

Voltaire

«De guerra y muerte. Temas de actualidad» [1915] (1984), artículo escrito a seis meses de iniciada la Primera Guerra Mundial, reúne dos ensayos en donde el fenómeno de la creencia se encuentra presente de principio a fin. Allí Freud se dirige todo el tiempo a los individuos que presencian la guerra sin estar insertos en ella. Los llama “quienes quedaron en casa”.

Inicia su Punto I. “La desilusión provocada por la guerra”, mostrando la confusión que acarrea en ellos el estado de guerra, “[...] caemos en desorientación sobre el significado de las impresiones que nos asedian y sobre el valor de los juicios que formamos [...]” (Volumen XIV, p. 277); algo que implica un cuestionamiento de aquello que, se suponía, era creencia en la realidad. Sin dejar de hacer sentir su propia decepción, dice:

[...] Hasta la ciencia ha perdido su imparcialidad exenta de pasiones. Sus servidores, enconados hasta sus últimas fibras, buscan arrancarle armas para contribuir a la derrota del enemigo. El antropólogo tiene que declarar inferior y degenerado al oponente, y el psiquiatra, proclamar el diagnóstico de su enfermedad mental o anímica. [...] (p. 277)

La sociedad anterior a la guerra, en la esfera individual, había establecido elevadas normas éticas que eran condición para participar en la comunidad de cultura.



Esos preceptos resultaban una gran exigencia, imponiéndole a los sujetos una vasta renuncia a su satisfacción pulsional. “[...] Sobre todo, le estaba vedado valerse de la extraordinaria ventaja que en la lucha competitiva procura el uso de la mentira y el fraude. [...]” (p. 278).

Que a su vez el Estado “civilizado” basara su subsistencia en esas normas y respondiera con severidad si alguien las infringía, hizo suponer que el Estado mismo las respetaría; así como se supuso un entendimiento social de un patrimonio común más allá de las diferencias, donde la tolerancia permitiera no confundir más “extranjero” con “enemigo”. La actividad comercial tornó ventajoso el vínculo entre naciones y el lenguaje universal del arte colaboró aun más en desdibujar esos límites.

El disfrute de la comunidad de cultura fue turbado en ocasiones por algunas voces; ellas advertían que, a causa de diferencias heredadas de antiguo, serían inevitables todavía las guerras entre las naciones que la integraban. **No se les quiso dar crédito**, pero, ¿cómo se imaginaba una guerra así, si es que había de sobrevenir? [...] La guerra, en la que no quisimos creer, ha estallado ahora y trajo consigo... la **desilusión**. [...] (p. 280)

El poder destructivo sobre individuos y lazos comunitarios, la capacidad transgresora de toda regla ética, la furia, el odio y el horror corrían el velo sobre las potencialidades humanas. El Estado, que fuera pensado garante, es visto ahora bajo otra óptica: “[...] prohíbe al individuo recurrir a la injusticia, no porque quiera eliminarla, sino porque pretende monopolizarla como a la sal y al tabaco. El Estado beligerante se



entrega a todas las injusticias y violencias que infamarían a los individuos.” (p. 281) La mentira, el fraude, la censura, son traídos por Freud como ejemplos de artimañas a los fines de la codicia, mientras ese afán de poderío es vendido como patriotismo.

Sumado, surge qué hacen los hombres cuando la comunidad suprime los reproches y cesa la sofocación pulsional: “[...] cometen actos de crueldad, de perfidia, de traición y de rudeza que **se habían creído** incompatibles con su nivel cultural.” (p. 282)

Freud cavila: “Así, ese ciudadano del mundo culto que presentamos antes puede quedar desorientado y perplejo en un mundo que se le ha hecho ajeno, despedazada su patria grande, devastado el patrimonio común, desavenidos y envilecidos sus ciudadanos.” (p. 282) Con esto, podríamos hablar del efecto en este “hombre culto” de una “creencia en la realidad” que no incluía a la guerra como posibilidad. Pero como vimos, cuando se trata de una creencia que no se basa en la realidad sino en lo deseado, Freud nos habla de “ilusión”. Y justamente a renglón seguido nos dice de este buen hombre:

Habría que apuntar algo como crítica a su desilusión. En sentido estricto no está justificada, pues consiste en la destrucción de una ilusión. Las ilusiones se nos recomiendan porque ahorran sentimientos de displacer y, en lugar de estos, nos permiten gozar de satisfacciones. Entonces, tenemos que aceptar sin queja que alguna vez choquen con un fragmento de la realidad y se hagan pedazos. (p. 282)



Así, inferimos que cuando nos hallamos ante un juicio o creencia en la realidad, no hay desilusión posible, dado que mira la realidad. En este caso, habría contemplado la posibilidad de la guerra, tal como lo hicieron esas voces que no se quisieron escuchar.

Freud centra así la desilusión en dos posiciones: la falta de ética de los Estados hacia los países con los que se hallaban en guerra, y la brutalidad en la conducta de los individuos a quienes **no se los había creído** capaces de algo semejante. Y de allí nace la pregunta sobre cómo llega el individuo a un nivel superior de eticidad; lo que hace que Freud presente la esencia del hombre arraigada en mociones pulsionales cuya meta es la satisfacción de necesidades originarias; las que se tramitan de forma gradual. Superados estos “destinos de pulsión”, vemos perfilarse el carácter del hombre.

El papel central de la transformación de la “ambivalencia de sentimientos” es atribuido a los componentes eróticos, que trasmudan las pulsiones egoístas en pulsiones *sociales*. “Se aprende a apreciar el ser-amado como una ventaja a cambio de la cual se puede renunciar a otras.” (p. 284). Así, la *aptitud para la cultura* es la capacidad de un ser humano para reformar las pulsiones egoístas bajo la influencia del erotismo.

Esta reforma es planteada por Freud a dos niveles: uno adquirido y el otro innato. En el primer grupo se encuentra la *compulsión externa*, la que ejercen medio y educación; fuerzas que se manejan con recompensas y castigos. Pero por esta vía bien puede lograrse una obediencia fútil, en pos de una recompensa, sin transformación de las naturalezas; lo cual, a decir de Freud, hace indispensable cierto grado de **hipocresía**: “[...] Es posible que la aptitud para la cultura ya organizada en los hombres de hoy sea insuficiente para conservar esta, y por eso siga siendo indispensable cierto grado de hipocresía. [...]” (p. 286); el fingimiento, la falsa apariencia, se tornan necesarias.



Desde nuestra perspectiva, esta situación que describe Freud de una educación que no logra influir en la naturaleza del hombre, puede verse como el factor productor de percepción sin creencia y como pseudo-sugestión, donde solo *en apariencia* el sujeto se muestra capaz para la cultura, manifestando obediencia a sus requerimientos y credulidad ante sus recompensas y castigos; lo que delinea la posición hipócrita.

Y desde nuestro punto de vista tanto como desde nuestro presente, esto nos marca la urgente necesidad de lograr una educación que apele a la creencia en la realidad, al juicio y la responsabilidad del sujeto, y no a su credulidad y obediencia, escenarios que difícilmente logran implicarlo y lo empujan incesantemente a la tal hipocresía.

Este análisis de la *aptitud para la cultura* muestra también a Freud la presión existente sobre las nuevas generaciones de realizar una reforma pulsional más vasta.

Arriba entonces a la siguiente idea:

Las elucidaciones anteriores nos ofrecen hoy lo menos un consuelo: la afrenta y la dolorosa **desilusión** que experimentamos por la conducta inculca de nuestros conciudadanos del mundo en la presente guerra no estaban justificadas. Descansaban en una **ilusión** de la que éramos prisioneros. En realidad, no cayeron tan bajo como temíamos, porque nunca se habían elevado tanto como creímos. Para ellos, el hecho de que los individuos rectores de la humanidad, los pueblos y los Estados, abandonaran las restricciones éticas en sus relaciones recíprocas fue una natural incitación a sustraerse de la presión continua de la cultura y a permitirse transitoriamente la satisfacción de sus pulsiones refrenadas. Es



probable que no se produjera quiebra alguna en la eticidad relativa de los individuos en el interior de su propio pueblo. (p. 286)

Lamentablemente, tanto el Nazismo en su época, ya en el tiempo de la Segunda Guerra Mundial, como el Proceso de Reorganización Nacional Argentino –entre tantos otros-, nos enseñó que esta última idea freudiana también era una ilusión, y que sí existía esa posibilidad con el terrorismo de Estado, una eventualidad que Freud no pudo ni imaginar, y que nosotros mismos no creímos posible hasta quedar confrontados con los asesinos. Cuestión que también nos debería advertir sobre lo que ocurre cuando la democracia es tratada como una ilusión: chocar inevitablemente con un fragmento de realidad. Las sociedades pueden caer víctimas del horror si dejan una ilusión en el lugar donde debe advenir a la conciencia su creencia en la realidad, su juicio; si permiten que los farsantes –individuos o Estados-, jueguen sus pulsiones más desenfrenadas, mientras ellos prosiguen en **la adormecida y oniriforme vida que les relata su ilusorio deseo**.

Esa dormidera es leída por Freud como síntoma del doloroso hundimiento de la elevación ética: “[...] Aludo a la falta de penetración que se advierte en las mejores cabezas, a su tozudez, su inaccesibilidad para los argumentos más evidentes y su **credulidad acrítica** hacia las aseveraciones más discutibles. [...]” (p. 288) Nuevamente los sujetos dejándose hipnotizar por las palabras de un grupo de rufianes.

La **credulidad** aparece otra vez en la escena como un modo de sometimiento y de enceguecimiento ante el papel de estos personajes pensados como autoridad. Y Freud la toma para explicar, junto con los otros rasgos, la forma en que participa la vida afectiva (la sugestión) en la inteligencia. Así, dice: “[...] los hombres más perspicaces caen



repentinamente en una conducta sin acumen, como de idiotas, tan pronto como la intelección requerida tropieza en ellos con una resistencia afectiva, pero también recuperan toda su inteligencia cuando esta es vencida. [...]” (p. 289)

Desde nuestra perspectiva, sin duda “la intelección requerida” es creencia en la realidad, mientras que la “resistencia afectiva” es credulidad, sugestionabilidad.

Finaliza el punto marcando una cuestión que, sabemos, luego lo llevó a revisar el nivel pulsional mismo; y es el hecho de que en la guerra los sujetos **avanzan en contra de sus propios intereses**. Conocemos que las pulsiones egoístas laboran con interés, por lo que guarda tanta importancia comprender los puntos donde los sujetos trabajan en contra de su propia conservación. Sin duda esto deviene en ceguera lógica, en debilidad del juicio, algo enigmático desde lo que se imagina (ilusión mediante), como los principios psíquicos más básicos, algo que solo alcanzará explicación y fundamento en un cambio de esos principios: la pulsión tanática, la autoaniquilación. Freud concluye:

¿Por qué los individuos-pueblos en rigor se menosprecian, se odian, se aborrecen, y aun en épocas de paz, y cada nación a todas las otras? Es bastante enigmático. Yo no sé decirlo. Es como si, al reunirse una multitud, por no decir unos millones de hombres, todas las adquisiciones éticas de los individuos se esfumasen y no restasen sino las actitudes anímicas más primitivas, arcaicas y brutales. Esta situación lamentable, quizá sólo pueda ser modificada en algo por desarrollos que sobrevendrán después. Pero un poco más de veracidad y de sinceridad en todas las partes, en las relaciones recíprocas de los hombres, y entre ellos y quienes los gobiernan, allanarían el camino a esa transmutación. (p. 289)



Su respuesta es comenzar saliendo de la hipocresía, al menos un poco.

En su Punto II. “Nuestra actitud hacia la muerte”, Freud trabaja tres niveles de actitud ante la muerte: a) del enemigo; b) de personas queridas; c) ante nuestra propia muerte; siendo esta última, sin duda, la más enigmática.

Es al cambio de esta actitud en tiempos de guerra a la que Freud le atribuye el producir el **sentimiento de ajenidad** que embarga a “los que se quedaron en casa” en relación al mundo. Para él, antes de la guerra, la actitud común era la falta de sinceridad ante la idea de muerte. Se **decía** algo mientras se **creía** otra cosa; y con franqueza, nadie computaba a la muerte en el cálculo de la vida, lo que acarreaba una serie de vicisitudes.

[...] Hemos manifestado la inequívoca tendencia a hacer a un lado la muerte, a eliminarla de la vida. Hemos intentado matarla con el silencio; y aun tenemos [en alemán] el dicho: «**Creo** en eso tan poco como en la muerte». En la muerte propia, desde luego. La muerte propia no se puede concebir; tan pronto intentamos hacerlo podemos notar que en verdad sobrevivimos como observadores. Así pudo aventurarse en la escuela psicoanalítica esta tesis: En el fondo, nadie cree en su propia muerte, o, lo que viene a ser lo mismo, en el inconciente cada uno de nosotros está convencido de su inmortalidad. (Volumen XIV, p. 290)

Llama aquí poderosamente la atención que Freud esté utilizando términos propios de la conciencia (creencia, convencimiento), para referirse al inconsciente. Además, que el inconsciente porte una creencia en la inmortalidad, nos parece una afirmación difícil de fundamentar. Nuestra idea es que en esta explicación freudiana se hallan superpuestas



dos instancias diferentes de la estructuración psíquica. Del mismo modo que en la vida onírica hallamos a la creencia *creyendo* lo deseado... para seguir durmiendo; o vemos a la creencia llamada ilusión teniendo por motivación el cumplimiento de deseo; esto es, dos instancias diametralmente opuestas coincidentes en un punto; nos parece que en estas definiciones que trae Freud se presentan la no inscripción inconsciente de la muerte propia y la forma en que el yo lee, interpreta o significa esa no inscripción. Ya se trate de la inmortalidad, la infinitud, etc., los anhelos del yo saltan a la vista. El inconsciente puede resultarnos, subjetivamente, como un ilusionista que nos cuenta la realidad de nuestro deseo mientras deja de lado, evade o desmiente cualquier tipo de orientador en la vida; pero sabemos que tal orientador jamás estuvo para Freud en la cuenta del inconsciente; que es del juicio de quien se espera esa función, y que no poder creer en la muerte propia es un fracaso de ella; probablemente fundamentada por el yo en la lectura que realiza de la falta de inscripción inconsciente.

Freud da como “actitud cultural-convencional” hacia la muerte, dos posiciones: cuando se trata de personas ajenas a nuestro entorno, donde negamos los defectos y solo recordamos virtudes y bondades; y cuando se trata de un ser querido, donde nuestro descalabro es total. “[...] Sepultamos con él nuestras esperanzas, nuestras demandas, nuestros goces; no nos dejamos consolar y nos negamos a sustituir al que perdimos. Nos portamos entonces como una suerte de Asta, de esos que *mueren cuando mueren aquellos a quienes aman*. [...]”. (p. 291) Pero por esta actitud, dice, nuestra vida se empobrece, pierde interés; la intensidad de nuestros duelos nos lleva a rehuir el peligro, no nos arriesgamos, nos paralizamos. “[...] La inclinación a no computar la muerte en el cálculo de la vida trae por consecuencia muchas otras renunciaciones y exclusiones. [...]” (p.



292); lo que lleva a buscar en la literatura o el teatro, el sustituto que le falta a la vida. La no revancha, a la que somete la existencia, se resuelve en la ficción. Sin embargo:

Es evidente que la guerra ha de barrer con este tratamiento convencional de la muerte. Esta ya no se deja **desmentir** {*verleugnen*}; **es preciso creer en ella**. Los hombres mueren realmente; y ya no individuo por individuo, sino multitudes de ellos, a menudo decenas de miles un solo día. Ya no es una contingencia. [...] **La vida de nuevo se ha vuelto interesante, ha recuperado su contenido pleno**. (p. 292)

Vale decir: para Freud el poder creer en la muerte; y más específicamente, en la muerte propia, ***reintroduce en la vida el sentido***, le devuelve su interés.

Estas deducciones lo llevan a retomar algunas de sus afirmaciones de *Tótem y Tabú*, ubicando una actitud dual del primitivo: a) ante la muerte del enemigo: donde reconoció en la muerte la supresión de la vida y el triunfo. Según Freud, esta actitud no influye en la construcción de la arquitectura psíquica; b) ante la muerte propia: donde la desmintió y la redujo a nada: “La muerte propia fue para el hombre primordial sin duda tan inimaginable e irreal como lo es hoy para cada uno de nosotros. [...]” (p. 294)

Pero existía una tercera posibilidad para este primitivo: cuando la muerte recaía en un ser querido; figura donde se conjugaba un fragmento de su propio y amado yo y un fragmento de ajenidad. Por este conflicto de sentimientos, dice, se pone en marcha la investigación de los seres humanos y nace ante todo la psicología. Refiere:

[...] El hombre ya no pudo mantener lejos de sí a la muerte, pues la había probado en el dolor por el difunto. Pero no quiso admitirla, pues no podía



representarse a sí mismo muerto. Así entró en compromisos, admitió la muerte también para sí, pero le impugnó el significado del aniquilamiento de la vida, para lo cual no había tenido motivo alguno cuando se trataba de la muerte del enemigo. Frente al cadáver de la persona amada, inventó los espíritus, y su conciencia de culpa por la satisfacción entreverada con el duelo hizo que estos espíritus recién creados se convirtieran en demonios malignos que había que temer. Las alteraciones [físicas] del muerto le sugirieron la descomposición del individuo en un cuerpo y un alma (originariamente fueron varias); de esa manera, su ilación de pensamientos iba paralela al proceso de disgregación que la muerte introducía. El perdurable recuerdo del difunto fue la base para que se supusieran otras formas de existencia; le dio la idea de una pervivencia después de la muerte aparente. (p. 295)

Vemos todo un trabajo de la subjetividad puesto en juego en ese espacio intermedio entre el adentro y el afuera que significó la muerte del ser querido, pero que invariablemente involucraba al sujeto mismo; trabajo heredado luego por las religiones, transformado en vida eterna y trasmigración del alma, etc., “[...] todo con el propósito de arrebatarse a la muerte su significado de canceladora de la vida.” (p. 296) En este contexto ubica, entre otras, a la creencia en la inmortalidad del alma y el nacimiento de los primeros preceptos éticos, trayendo como ejemplo el primer mandamiento «No matarás». Y desde aquí, dirige su mirada al inconsciente, diciendo:



[...] ¿Cómo se comporta nuestro inconciente frente al problema de la muerte? La respuesta tiene que ser: Casi de igual modo que el hombre primordial. [...] el hombre de la prehistoria sobrevive inmutable en nuestro inconciente. Por tanto, nuestro inconciente no cree en la muerte propia, se conduce como si fuera inmortal. [...] no conoce absolutamente nada negativo {*Negativ*}, ninguna negación {*Verneinung*} -los opuestos coinciden en su interior-, y por consiguiente tampoco conoce la muerte propia, a la que sólo podemos darle un contenido negativo. Entonces, nada pulsional en nosotros solicita a la **creencia en la muerte**. Y quizá sea este, incluso, el secreto del heroísmo. [...] (pp. 297-298)

Insistimos, en cuanto a esta cita, en nuestra conjetura de que se trata de una lectura que realiza el yo ante la no inscripción de la muerte en el inconciente. De hecho, nos parece que Freud mismo lo está diciendo al afirmar que el inconciente “no conoce la muerte propia”; de modo que no se trata verdaderamente de creencia cuando hablamos del inconciente.

Se detiene luego en la actitud de su época ante extraños y enemigos, donde no se mataba como en tiempos primordiales, pero no se dudaba en maldecir y desear lo peor.

“[...] Nuestro inconciente no ejecuta el asesinato, meramente lo piensa y lo desea. Pero sería equivocado restar a esta realidad psíquica todo valor por comparación con la fáctica. [...] En nuestras mociones inconcientes eliminamos día tras día y hora tras hora a todos cuantos nos estorban el camino, a todos los que nos han ultrajado o perjudicado. [...] nuestro



inconciente mata incluso por pequeñeces [...] no conoce para los crímenes otro castigo que la muerte; y hay en eso una cierta congruencia, pues todo perjuicio inferido a nuestro yo omnipotente y despótico es, en el fondo, un crimen *laesae majestatis* {de lesa majestad}. (p. 298)

Una vez más, leemos que el sujeto **cree** y se orienta por la realidad psíquica, en lugar de la realidad fáctica. Agrega: “[...] Nuestro inconciente es tan inaccesible a la representación de la muerte propia, tan ganoso de muerte contra el extraño, tan dividido (ambivalente) hacia la persona amada como el hombre de los tiempos primordiales.” (p. 300) Así, la actitud hacia la muerte de su época le muestra la lograda distancia del ser primitivo; y la guerra, su renovado acercamiento, extirpando las capas culturales más recientes. “[...] Nos fuerza a ser otra vez héroes que no pueden creer en la muerte propia; nos señala a los extraños como enemigos cuya muerte debe procurarse o desearse; nos aconseja pasar por alto la muerte de personas amadas. [...]” (p. 300) La guerra gesta entonces, en calidad de racionalización de la brutalidad y la destructividad de sus actos, un conjunto de creencias que hallan respaldo en el primitivismo.

Pero Freud se pregunta allí:

[...] ¿No debemos admitir que con nuestra actitud cultural hacia la muerte hemos vivido de nuevo en lo psicológico por encima de nuestros recursos?
[...] ¿No sería mejor dejar a la muerte, en la realidad y en nuestros pensamientos, el lugar que por derecho le corresponde, y sacar a relucir un poco más nuestra actitud inconciente hacia ella, que hasta el presente hemos sofocado con tanto cuidado? (p. 301)



No lee en este giro progreso sino regresión, pero una regresión que permite la veracidad y hace que de nuevo la vida resulte soportable. “[...] Y soportar la vida sigue siendo el primer deber de todo ser vivo. La ilusión pierde todo valor cuando nos estorba hacerlo.” (p. 301) Concluye este ensayo recordando el apotegma: «Si quieres conservar la paz, ármate para la guerra», al que considera que sería tiempo de modificar por este otro: «Si quieres soportar la vida, prepárate para la muerte.» Retenemos entonces un enigma: cómo sería un conjunto de individuos, una sociedad y un Estado, que pudieran trocar su actual posición subjetiva por aquella otra que **cree en la muerte propia**.

No fue este, igualmente, el único lugar donde Freud abordó la problemática de la guerra, cuestionando la participación crédula de todos en un conflicto bélico y buscando la responsabilidad de los sujetos ante esas creencias. Por ejemplo, en las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* [1916-17 {1915-17}] Parte II. “El sueño”, 9ª Conferencia “La censura onírica”, coetánea del artículo analizado, escuchamos que dice:

[...] aparten la mirada de lo individual y contemplen la gran guerra que sigue asolando a Europa, piensen en la brutalidad, la crueldad y la mendacidad de que es pasto el mundo civilizado. ¿**Crean** realmente que un puñado de ambiciosos y farsantes inmorales habrían logrado desencadenar todos esos malos espíritus si los millones de seguidores no fueran sus cómplices? ¿Osan en estas circunstancias romper lanzas para sustentar la ausencia de maldad en la constitución anímica del hombre? (Volumen XV, p. 134)



Estas preguntas dirigidas a su auditorio, que buscan cuestionar las creencias de sus escuchas, retornaron sin duda en otro tiempo al propio Freud, que vio en un punto de su construcción teórica tanto lógico como necesario el pensar la pulsión de muerte.

Referencias

- Freud, S. [1915] (1984) De guerra y muerte. Temas de actualidad. En: *Obras Completas*, Traducción de J. L. Etcheverry, Bs. As., Amorrortu.
- Freud, S. [1916-17 {1915-17}] *Conferencias de introducción al psicoanálisis*. Parte II. “El sueño”, 9ª Conferencia “La censura onírica”. En: *Obras Completas*, Traducción de J. L. Etcheverry, Bs. As., Amorrortu.